



Sagastizabal, M. (2019). *La triple presencia. Estudio sobre el trabajo doméstico-familiar, el empleo y la participación sociopolítica*. Bilbao: UPV-EHU. 335 pp.

Como indica su título, *La triple presencia. Estudio sobre el trabajo doméstico-familiar, el empleo y la participación sociopolítica*, se trata de un libro que indaga en las vivencias de la compaginación simultánea y cotidiana del trabajo doméstico-familiar, el empleo y la participación sociopolítica, es decir, la “triple presencia”. La propuesta teórica y analítica de la “triple presencia” tiene enorme relevancia en el contexto actual ya que apunta a uno de los grandes debates feministas de nuestros tiempos: la organización social de los cuidados. Tanto a nivel europeo como a nivel estatal, la conciliación familiar y laboral lleva siendo una cuestión central en pugna durante los últimos treinta años. En esta dirección se han diseñado múltiples políticas de conciliación, aunque desde los feminismos se ha criticado la falta de desfamiliarización y desfeminización del trabajo doméstico-familiar (p.49). Una tesis central del libro hace referencia a la politización del cuidado, es decir, su gobierno a través de las emociones políticas –ligadas a la performatividad del género– ya que constituyen un pilar que sostiene y reproduce la división sexual del trabajo. *La triple presencia* se caracteriza por su meticuloso y profundo afán dialógico, que trasciende visiones tradicionales y ofrece una visión holística sobre el rizomático recorrido teórico feminista.

El texto constituye la tesis doctoral de Marina Sagastizabal, que tuvo como punto de partida su trabajo de fin de Máster en Estudios Feministas y de Género de la UPV-EHU, en el curso 2011-2012. La tesina obtuvo el premio al mejor trabajo de fin de máster otorgado por el Vicerrectorado de Estudios de Postgrado y Relaciones Internacionales y Escuela de Máster y Doctorado en 2013. Las directoras de la tesina doctoral fueron Matxalen Legarreta y Teresa Torns. Las dos directoras son doctoras en Sociología; Legarreta por la UPV-EHU y Torns por la Universidad Autónoma de Barcelona. La actividad investigadora de la autora tiene como temas principales el trabajo doméstico-familiar y los cuidados, las desigualdades de género y el uso del tiempo, la ciudadanía y la participación sociopolítica, aplicando de manera transversal una perspectiva feminista y situando en el centro de su análisis la sostenibilidad de la vida. El libro en cuestión parte de la propuesta de la “doble presencia”, una apuesta de feministas italianas, entre ellas Laura Balbo y Franca Bimbi, sobre la presencia en el espacio doméstico-familiar que tuvieron que mantener las mujeres cuando entraron o aumentaron su presencia en el ámbito laboral (p. 14). Esta protagonización de la “doble presencia” requiere de una coordinación simultánea de tareas en los espacios público y privado, teniendo estos dos espacios lógicas contrapuestas: la de la sostenibilidad de la vida y la de la acumulación de capital (p. 45). Por lo tanto, la gestión de la “doble presencia” –y Sagastizabal demuestra que de la “triple presencia” también– se traduce en “vivencias de malestar” (p. 17).

Un hito fundamental del libro es la propuesta analítica que se caracteriza por una extensa y profunda revisión de la genealogía de los procesos y las categorías sociales

que constituyen la “triple presencia”. En el primer capítulo, el texto nos sitúa ante una amalgama de teorías, perspectivas y miradas sobre la relación entre las nociones modernas de ciudadanía, trabajo y tiempo, y cómo han impactado las ausencias y presencias de hombres y mujeres en diferentes ámbitos. Este recorrido histórico desvela cómo en los países mediterráneos se ha construido una organización social y temporal en base a la división público/privado. Así, el modelo de ciudadanía social, económica y política se asienta sobre la división sexual del trabajo, dándole derechos y deberes a los hombres (asumiendo que protagonizan al “hombre ganador de pan”) y dotando a las mujeres (leídas como “amas de casa”) con el deber de mantener el bienestar cotidiano y ajeno. Mientras se priorizan los tiempos de la producción (un tiempo como dinero), los trabajos doméstico-familiares –realizados mayoritariamente por mujeres y en el ámbito privado– son ignorados y desvalorizados. Esto lleva a la autora a dismantlar los sesgos de género intrínsecos en las categorías de trabajo doméstico-familiares, empleo y participación sociopolítica, para basar la investigación en nociones amplias que incorporen las vivencias invisibilizadas de mujeres (cap. 2). Dicha reflexión acerca a Sagastizabal a resignificar lo político incluyendo aquellas formas –poco nombradas y reconocidas– de participación informal y comunitaria, caracterizadas por la presencia de mujeres precisamente por su más fácil compaginación con las actividades que, en el día a día, sostienen las vidas. También basa su investigación en una noción multidimensional del trabajo, incluyendo sus vertientes material, subjetiva y social, y por lo tanto, incluyendo las actividades doméstico-familiares y sociopolíticas. Estas rupturas conceptuales ponen sobre la mesa la dimensión temporal de la organización social del trabajo (remunerado y no remunerado), que lleva a la autora a tomar el tiempo social como categoría analítica central de la investigación, prestando atención a la cotidianidad para identificar temporalidades múltiples desde un enfoque feminista.

En base a esta rica fundamentación teórica y conceptual, la autora comienza planteando qué desigualdades de género emergen del análisis de la distribución del tiempo respecto a la división sexual del trabajo y cómo se articula el género con otros ejes de desigualdad. Para abordarlo emplea un enfoque cuantitativo, que consta del análisis de las Encuestas de Presupuestos del Tiempo (EPT) del Instituto Vasco de Estadística (Eustat) (1993-2013). Este análisis (cap. 4) concluye que la dramática feminización de la corresponsabilidad disminuye más bien poco a lo largo del siglo XX, y las tareas domésticas que empiezan a asumir los hombres son las más flexibles y puntuales (y no las más rígidas y cotidianas). Esto apunta a la sincronidad de tiempos que guía las vidas de las mujeres, mientras los hombres continúan viviendo con un tiempo único (el del trabajo mercantil). Por otro lado, la participación sociopolítica resulta bastante paritaria aunque existen diferencias cualitativas entre hombres y mujeres, relacionadas con los roles de género. Como señala en la metodología (capítulo 3), la “triple presencia” se aborda complementando el análisis cuantitativo con el cualitativo. Para estudiar las estructuras sociales que conforman y sostienen el reparto desigual del tiempo –la realidad subjetiva– se emplea un enfoque cualitativo que se lleva a cabo a través de una muestra estructuralmente representativa de veinte entrevistas biográficas realizadas a partir de la técnica de la trayectoria o curso de vida (cap. 5, 6 y 7). La muestra del análisis cualitativo está constituida por catorce perfiles sociológicos de la población vasca.

El análisis cualitativo se emplea para abordar cómo impacta la socialización en base al género, la clase social, el ciclo vital y la situación laboral, en los significados

otorgados a las vivencias de la “triple presencia”. Comienza analizando cómo se desarrollan las trayectorias en el ámbito de la participación sociopolítica y sus articulaciones con respecto al empleo y el trabajo doméstico-familiar (cap. 5). El imaginario social, marcado por un contrato sexual protagonizado por las figuras “hombre ganador de pan” y “mujer ama de casa”, obstaculiza la compaginación de la “triple presencia” sobre todo de las mujeres. Mientras que la participación de los hombres en espacios sociopolíticos es continua y creciente con el tiempo, la trayectoria sociopolítica de las mujeres es más bien discontinua y sigue secuencias de presencias y ausencias ligadas a su ciclo vital (o tiempo encarnado). Es por eso que la autora habla de cierta “moralización del tiempo” (p. 226) mediante la cual las personas participan en espacios sociopolíticos y dan sentido a esta presencia (siguiendo la lógica del tiempo donado o reproductivo). Esta moralización para las mujeres pasa por sentirse egoístas cuando participan en espacios sociopolíticos mientras que los hombres tienen el mismo sentimiento cuando no participan. En base a la división sexual del trabajo, las mujeres necesitan desplegar estrategias para participar en espacios sociopolíticos (y en el mercado laboral) con el fin de externalizar el trabajo doméstico-familiar. Esto supone –únicamente para las mujeres– un sentimiento de culpa y penalización social ligadas a la ruptura con su papel de únicas cuidadoras que las convierte en “malas madres” (p.210). El malestar causado por la imposición del tiempo productivo sobre el resto de tiempos de vida, que se acentúa con la aceleración productiva propia del posmodernismo, marcan los significados y subjetividades de las trayectorias laborales (cap. 6). Estos efectos, que se acentúan con las crisis socioeconómicas, conducen a la reivindicación de la necesidad de recuperar la decisión sobre el tiempo, aludiendo al carácter político de este. La división sexual del trabajo también da cuenta de las ausencias totales o parciales de las mujeres en el ámbito laboral a causa de su presencia desproporcionada en el ámbito doméstico-familiar.

Una clave central de la lectura apunta a comprender la organización social y temporal del trabajo doméstico-familiar. La familiarización y feminización de estos trabajos supone el mayor obstáculo para que las mujeres protagonicen la “triple presencia” ya que las enfrenta al conflicto entre la espacio-temporalidad del capital y la de la vida. El “malabarismo temporal” que supone la coordinación de la participación sociopolítica, el empleo y el trabajo doméstico-familiar se vive como un tiempo encarnado ya que afectan a la salud física y mental, los ritmos biológicos y la subjetividad de las personas (p. 281). La dimensión ética y subjetiva de las madres con respecto al trabajo doméstico-familiar tiene que ver con la responsabilidad, mientras que los padres desarrollan significados del deber ético en el empleo. Se evidencia que la interpelación a cuidar se relaciona con un sentimiento de deuda relacionado por el deber y la moral, siguiendo la lógica del “tiempo donado” (p.289). La identificación de los conflictos alrededor del trabajo doméstico-familiar supone la muy necesaria desromantización de los cuidados; los relatos de mujeres cansadas, sin tiempo y espacio propio y que sufren malestar cotidiano lo respaldan.

Si bien la externalización de los cuidados es imprescindible para que las mujeres puedan articular una “triple presencia”, el tono del libro está atravesado por la crítica a las pocas y precarias opciones que existen para hacerlo. Cuanto más alta es la clase social de las mujeres más posibilidades tienen de comprar tiempo (p. 231) contratando a empleadas del hogar; y cuanto más baja, mayor necesidad de recurrir a estrategias comunitarias para poder compaginar la “triple presencia”. Sin embargo, los

cuidados de mayores, a diferencia de los cuidados de criaturas, son más difíciles de externalizar, así que las soluciones individuales del cuidado son insuficientes. Por eso, una gran conclusión de la lectura es la imperante urgencia de una organización social de los cuidados que debe pasar por la participación cotidiana del Estado y de los hombres. La autora señala la importancia de la provisión de servicios de atención a la dependencia públicos y de calidad y apuesta por asumir las conflictividades identificadas a lo largo del texto para impulsar un cambio hacia la socialización de los cuidados.

En conclusión, el análisis de las estrategias, los obstáculos y la posibilidades de articular una “triple presencia” tiene el potencial de ser una herramienta para visibilizar y comprender las desigualdades de género, en intersección con otros ejes de opresión, y las dinámicas cotidianas que conforman la organización socio-temporal de los trabajos. De las vivencias de la “triple presencia” emana la reivindicación por un tiempo propio, una reorganización social de los cuidados que pase por la asunción de responsabilidades del Estado y de los hombres y una revolución de la cultura emocional ligada a los cuidados. El meritorio análisis de Sagastizabal acerca de la excepcional vivencia de algunos hombres que reconocen sus privilegios, performan una masculinidad empática, consciente y cuidadora y de manera cotidiana protagonizan una “triple presencia”, permite explorar las estrategias que se pueden desplegar para desestabilizar las dimensiones material, social y simbólica de la división sexual del trabajo. La profundidad del análisis crítico, la enorme capacidad de vincular debates y la mirada radicalmente feminista son las principales características de un libro que nos anima a prestar atención a lo cotidiano para abrir caminos hacia la des-patriarcalización de las relaciones políticas entre los géneros y para la sostenibilidad de las vidas.

Paula Jiménez Argumosa
Traza Territorio
paujim07@ucm.es